

SE
SOCAVA
LA IGLESIA

propiedad del autor;
para mas info bredicion2@gmail.com

MARY BALL MARTÍNEZ

Título de la obra en español: SE SOCABA LA IGLESIA. Título de la obra en inglés: THE UNDERMINING OF THE CATHOLIC CHURCH.

Derechos Reservados © en 1994, por EDAMEX, S. A. de C. V. y Mary Ball Martínez.
Traducción de: Carlos Torres M.

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio. Se autorizan breves citas en artículos y comentarios bibliográficos, periodísticos, radiofónicos y televisivos, dando a la autora y al editor los créditos correspondientes.

Portada: Dpto. Artístico de EDAMEX.

Ficha bibliográfica:
15.- Filosofía y Religión

ISBN-968-409-766-2

EDAMEX, Heriberto Frías 1104, Col. del Valle, México 03100. Tel. 559-8588. Fax 575-0555 • 575 7035. Si llama de Estados Unidos, marque 91-525 antes del número.

Impreso y hecho en México con papel reciclado.
Printed and made in Mexico with ecological paper.

ÍNDICE

I. METAMORFOSIS	7
II. CRÓNICA: 1903-1963	27
La formación de una alianza	29
Se sufre un retraso	37
Se comienza de nuevo	42
Se calla a los franceses	49
Se calla a los mexicanos	53
Hacia la guerra	60
Se cava más hondo	70
Salvaguarda para los marxistas	75
Se aplasta la mente	86
Se violenta a la tradición	92
Se reúnen a rematar	102
Se recogen las firmas	108
III. LOS HOMBRES EN LA CÚSPIDE	117
Juan 119 Pío 123 Pablo 127	
Juan Pablo 131 y Juan Pablo 140	
IV. LA REALIDAD EN LOS NOVENTAS	157
Control	159
Anatema	167
Díaspóra	177
Católico nuevo, católico viejo	189
Posdata	199

En Roma las horas un poco antes del amanecer son apenas tibias aun en verano. Era la víspera de Pentecostés y casi pleno verano (las grandes fiestas movibles caían algo tarde en el año 1971) cuando unos cuatro mil hombres y mujeres de muchas partes del mundo pasaban la noche arrodillados sobre las baldosas frías al pie de los escalones de la Basílica de San Pedro. En el círculo inmenso de la plaza, apenas iluminado por la luna y unos cuantos focos que se escondían en lo alto de las gigantescas columnas de Bernini, se veían desde lo alto como pequeñas sombras arrojadas.

Frente a ellos, como si fuera el objeto de sus plegarias, estaba la gran fachada firme sobre sus treinta y ocho escalones, inmutable desde hace cuatrocientos años, sus magníficas piedras sucesoras de otras menores que se dice cubren los huesos del pescador de Galilea, Simón llamado Pedro. Ahí estaba la médula de la cristiandad, la Piedra y la Señal tangible de la permanencia cristiana. Para los peregrinos la oscuridad incrementaba la dimensión y asombro al muro que forma la Basílica, un muro para detener no solo el alba que pronto comenzaría a clarear en Oriente, sino un muro para detener todas las doctrinas falsas de la tierra.

Apenas unos cuantos peregrinos podrían haber sabido que desde hacía más de medio siglo, tras la valiente fachada, venía ocurriendo un proceso de ahuecamiento, de erosión de fuerza y substancia —que la Iglesia Católica había sido socavada.

Todos ellos advertían que algo andaba mal, de otra forma no se hubieran unido a la peregrinación. En Francia, Alemania, Inglaterra, Argentina, los Estados Unidos y Australia, a cada uno en su parroquia, lo había golpeado el cambio abrupto, la orden de adorar de manera nueva y extraña. Casi la mitad de los peregrinos eran franceses que habían llegado en trenes especiales desde París y todos habían venido a suplicar al Santo Padre

que restituyera la misa, los sacramentos y el catecismo para sus hijos.

Si alguno hubiera mirado más allá de las columnas y en alto, hacia la derecha, habría visto las ventanas cerradas de los apartamentos del Sumo Pontífice. ¿Dormía el Papa? ¿Podría dormir, sabiendo que ellos estaban ahí? Hasta su lecho las "Aves" y los "Padres Nuestros" de las quince decenas del rosario que murmuraban los peregrinos, no sonaban más que el chasquido del agua en la antigua fuente de la plaza.

Un sacerdote francés llevaba una decena, un abogado del Canadá la segunda, un granjero de Bavaria la tercera. A medianoche, todos se levantaron para rezar el "Vía Crucis". Sosteniendo velas encendidas formaban largas sombras a medida que se movían en lenta procesión entre las columnas enormes: Sin imágenes que les recordaran los sufrimientos de Cristo, jóvenes de los diversos grupos formados por los que hablaban los principales idiomas, iban haciendo la descripción de cada "estación", uno tras otro.

Con el creciente frío, se suministró grandes calderas de café. Alguien llevó tazas a los *carabinieri* sentados en su Fiat a cierta distancia. Se notaba que las ventanas tras las cuales dormía Pablo VI, o no dormía seguían cerradas. El día anterior el Papa dio audiencia al número acostumbrado de visitas, pero se negó categóricamente a admitir a los peregrinos "tradicionalistas".

Han pasado cinco o seis años desde que los aproximadamente setecientos millones de católicos romanos dispersos por el mundo recibieron el primer impacto del cambio. Un domingo, a fines de los años sesenta (la fecha varió de país en país), fueron a la Iglesia para descubrir que el altar, la liturgia, el idioma y el ritual habían sufrido una metamorfosis total. Ya habían oído rumores y prácticamente todos los católicos, desde los parroquia

nos de Manhattan hasta los devotos en la selva del Congo, sabían que se efectuaban reuniones de alto nivel en Roma. Sin embargo, ni la información recogida accidentalmente, ni nada que leyeran en la prensa los había preparado para lo que hallaron aquella mañana en su iglesia.

En los meses que se sucedieron, la incompreensión se volvió paulatinamente resignación, y muy de cuando en cuando, en complacencia. Sin embargo, hubo uno que otro grito agudo de protesta, como cuando el novelista italiano Tito Casini, denunció a su obispo, el Cardenal Lercaro de Bolonia, que por casualidad también era quien encabezaba la Comisión Pontificia para la Liturgia: "Ha hecho usted lo que los soldados romanos al pie de la Cruz jamás se atrevieron a hacer. Ha rasgado la túnica sin costura, el lazo de unión entre los creyentes en Cristo de ayer, de hoy y de mañana, para dejarla en garras". La carta abierta de Casini se reprodujo alrededor del mundo en una docena de traducciones.

En Alemania el historiador Reinhardt Raffalt escribía: "Aquellos de otra fe, contemplan horrorizados el ver cómo la Iglesia Católica se despoja de aquellos antiguos ritos que han vestido los misterios de la Cristiandad con una belleza eterna".

De Inglaterra llegó una plegaria apasionada, casi resentida, dirigida al Papa Pablo, suplicándole: "Restaure la Misa tal y como se expresaba tan magníficamente en Latín, la Misa que inspiró innumerables obras de misticismo, arte, poesía, escultura y música, la Misa que pertenece no sólo a la Iglesia Católica y a sus fieles, sino a la cultura del mundo entero". La petición la firmaron varias veintenas de escritores, artistas, filósofos y músicos residentes en Londres, incluyendo a Yehudi Menuhin, Agatha Christie, Andrés Segovia, Robert Graves, Jorge Luis Borges, Robert Lowell, Iris Murdoch, Vladimir Askanazy.

La disensión entre los fieles comenzó, como era de esperarse, en los círculos intelectuales de Francia. Jean Madiran, publicaba una pequeña revista muy eficaz, *Iti néraires*, en la que señalaba la desviación de la ortodoxia en las primeras sesiones del Concilio. El economista político Louis Salieron se preguntaba, en la publicación de Madiran, si acaso la Iglesia se estaba tornando arriana, refiriéndose a la gran ola de herejía del Siglo IV. Él había notado una insistente disminución de Cristo implícita en la traducción al francés, recién publicada, de la versión conciliar del Credo. Con esto, los filósofos Etienne Gilson y Gustav Thibon se unieron al novelista François Mauriac para tratar el asunto en una carta abierta a los obispos de Francia.

Aun antes de que concluyera el Concilio Vaticano II, un sector considerable del público francés ya estaba al tanto de la magnitud de la transformación. El joven sacerdote, Georges de Nantes, empezó a publicar una circular con el título atrevido de *Le Contre-Reforme Catholique*. Se publicaron *Heresy of the Twentieth Century* de Madiran y *Subverston In the Liturgy* de Salieron, junto con una obra de gran peso del filósofo belga, Marcel de Corte, quien definía las nuevas orientaciones como "una degradación espiritual más profunda que cualquier otra cosa que haya experimentado la Iglesia en su historia, un padecimiento canceroso en el cual las células se reproducen rápidamente para destruir lo que hay de sano en el Cuerpo Místico"; señaló que eran "un intento de transformar el reino de Dios en el reino de la humanidad, de substituir una Iglesia consagrada a la adoración de Dios por una Iglesia dedicada al culto del Hombre. Ésta es la más temible, la más terrible de las herejías".

Mientras tanto, un cura de pueblo en Borgoña, Louis Coache, con título en derecho canónico, publicó una revista de crítica dura intitulada *Cartas de un sacerdote*

rural, y revivía una costumbre del lugar que hacía mucho había caído en desuso, la celebración al aire libre de la procesión de Corpus Christi. La gente empezó a llegar por cientos de todas partes de Francia al pequeño pueblo de Monjavoult, en la rica campiña de Borgoña, para caminar en procesión detrás de la Sagrada Hostia en su relumbrante custodia cantando y rezando mientras los deáconos columpiaban los incensarios y las niñas esparcían flores por el camino. Después de tres procesiones de Corpus Christi, el obispo del Padre Coache (era el obispo de Beauvais como en el caso de Juana de Arco) ya no aguantó más periodismo crítico, ni devociones anticuadas. Ordenó el cese de las celebraciones y suspendió al Abbé *a chulnis*, una acta que prohíbe a los sacerdotes ejercer sus funciones sacerdotales.

Esto no doblegó al Padre Coache. No sólo continuó diciendo Misa, sino fundó una casa de retiro en el poblado cercano de Flavigny. La participación francesa en la peregrinación a Roma del 1971 se debió en gran parte a los esfuerzos del Padre Coache y fue él, seis años más tarde, quien convenció al anciano Monseñor Ducaud Bourget y a su grey a efectuar la ocupación dramática de San Nicolas-du-Chardonnet en París.

A fines de los años sesenta, la revolución, tanto tiempo en fase de socavamiento, se colocó en su lugar. Fue una operación relativamente tranquila gracias a que se había llevado a cabo no por los enemigos declarados de la Iglesia, sino que por los que ostentaban ser sus amigos. A diferencia del sitio casi exitoso que se planteó en el Siglo XVI, acompañado de un clamor para el quebrantamiento, la volcadura del Siglo XX se efectuó en forma relativamente silenciosa, entre una combinación ordenada de alteros de estudios, informes de situación, agendas de conferencias y proyectos de currícula, todos debidamente procesados por comités, comisiones, grupos de trabajo,

sesiones de estudio, discusiones y diálogos. Una vez inaugurado el Concilio Vaticano II se promovió la volcada asiduamente en artículos, conferencias de prensa, entrevistas, exhortaciones y encíclicas, todo en un ambiente de prudencia y discreción eclesiástica.

Concluido el Concilio, siguió su turno a los comentaristas. En veloz sucesión en Europa y América aparecieron artículos y más artículos, libros y más libros que intentaban explicar lo sucedido. Relatos detallados de cada sesión del Concilio alegaban poder señalar el momento preciso en el que cada uno de los cambios se efectuó. Mucho de lo escrito salió de las plumas de los teólogos y seglares liberales que ensalzaban lo que ellos proclamaban "la gran obra de abrir la Iglesia al mundo". Más aún escribieron los conservadores que a la vez que aceptaban la legitimidad del Concilio Vaticano II, intentaban mostrar cómo sus loables intenciones fueron distorsionadas. Estos escritores se mostraron especialmente duros con lo que llamaban el "Grupo del Rhin", unos cardenales, obispos y *perita* de pensamiento liberal, que provenían principalmente del norte de Europa, quiénes, se alegaba, dominaban los debates, monopolizaban la atención de los medios de difusión acabaron por influir sobre la mayoría silenciosa de Padres del Concilio para que votaran en su manera "progresista". Los comentaristas, a quienes se les comenzaba a llamar "tradicionalistas", mostraron una tendencia a hacer caso omiso del Concilio, alegando que se veía un intento por destruir la Iglesia.

En todo lo escrito, el Concilio Vaticano II o "Concilio del Papa Juan", como se le llamaba, era el protagonista. Lo ocurrido en la Basílica de San Pedro entre octubre de 1962 y diciembre de 1965 abarca toda la historia. El Vaticano impulsó esta idea y la sigue promoviendo hoy en día, juzgando prácticamente todo problema que surge, "de acuerdo con el Concilio", haciendo referencia en ocasiones a la "Iglesia Conciliar". En un sentido verdade

ro, los documentos del Vaticano II son las nuevas Escrituras Sagradas.

Es precisamente respecto a este concepto ficticio de la importancia del Concilio donde el presente estudio se distancia de los escritores tanto de derecha como de izquierda, y de los pretextos del Vaticano, porque, como escribió en *l'Osservatore Romano*, el buen amigo del Papa Pablo, Jean Guitton, hombre de letras, francés; "Fue mucho antes del Concilio que se propusieron nuevas formas de espiritualidad, misión y catecismo, idioma litúrgico, estudio bíblico y ecumenismo. Mucho antes del Concilio había nacido un nuevo espíritu en la Iglesia".

En verdad, el aspecto y el sonido de las nuevas formas de veneración que tanto asustaron a católicos y no católicos a fines de los años sesenta, eran sólo las reverberaciones de una lejana explosión ocurrida hacía un cuarto de siglo.

Teólogos jesuitas señalan el 29 de junio de 1943 como el día de ese gran estallido. Virgilio Rotondi, S.J., de *Ciuíltá Cattólica*, escribió contundentemente en el diario romano *11 Tempo*: "Todos los hombres honrados y todos los hombres inteligentes que son honrados reconocen que la revolución ocurrió con la publicación de la encíclica del Papa Pío XII, *Mystici Corporis*. Fue entonces cuando se colocaron las bases para el "nuevo tiempo" de donde saldría el Segundo Concilio Vaticano".

Su colega jesuita Avery Dulles explica la naturaleza de la explosión: "Hasta junio de 1943, el modelo jurídico y societario de la Iglesia estaba en posesión pacífica, pero fue entonces substituido por el concepto del Cuerpo Místico". La designación no era nueva, ya había sido presentada a los Padres del Primer Concilio Vaticano casi un siglo antes. Sesenta de ellos la descartaron totalmente por considerarla "confusa, ambigua, vaga e inapropiadamente biológica".

Es cierto, fue la creciente proliferación de toda una gama de conceptos teológicos nebulosos, lo que impulsó al

Papa Pío IX a reunir un concilio. Una vez que sesionaban los obispos de 1870 presentaron sus puntos de vista sobre la naturaleza de la Iglesia en términos contundentes: "Enseñamos y declaramos que la Iglesia tiene todos los atributos de una verdadera sociedad. Cristo no dejó a esta sociedad sin una forma determinada. Más bien, El Mismo le dio existencia y Su voluntad determinó su constitución. La Iglesia no es parte ni partícipe de ninguna otra sociedad. Es tan perfecta en sí, que es distinta de todas las demás sociedades y se coloca muy por encima de ellas".

Roberto Bellarmine, el más brillante de los primeros seguidores de Ignacio de Loyola, lo dijo así: "La única y verdadera Iglesia es la comunidad de hombres que han sido reunidos por la profesión de los mismos sacramentos bajo el gobierno de legítimos pastores y especialmente el Vicario de Cristo en la tierra, el Sumo Pontífice".

El hombre que gobernaba la Iglesia en 1943 hablaba otro idioma. No podía, señaló, "hallar expresión más noble y sublime que la frase el cuerpo místico de Cristo—. Los Católicos estuvieron de acuerdo. La frase, usada en un sentido pastoral, no-jurídico, se remonta a San Pablo. Aunque los teólogos progresistas de hoy consideran que es totalmente anticuada, la frase goza aún de mucho ca riño entre los Católicos conservadores.

Sin embargo, calificativos como "amada", "sublime" o "noble" no descubren el profundo significado de la innovación de Pacelli. La frase "cuerpo de Cristo" se encuentra raras veces en la literatura católica y no se presenta como una imagen de la Iglesia en la liturgia. Para San Pablo "el cuerpo de Cristo" significaba simplemente los cristianos de su época. Tres siglos más tarde, San Agustín usó el término paulino, agregándole "todos los justos desde Abel", mientras que para Santo Tomás de Aquino las palabras significaban los católicos vivientes que se hallaban en estado de gracia.

Aparentemente, lo que inspiró a Pío XII a darle un rango cuasi-canónico a las palabras, elevándolas a "cuerpo místico", fueron los escritos de un contemporáneo, Emile Mersch. Dejando a un lado las objeciones del Primer Concilio Vaticano, este jesuita belga presentó un concepto muy nuevo, la co-identificación de la Iglesia Católica en analogía con el cuerpo humano, agregándole, como lo haría más tarde la encíclica, dos Personas de la Santísima Trinidad. En la analogía se supone que Cristo es la cabeza, los papas y obispos son los huesos y ligamentos, y el Espíritu Santo es la fuerza vital.

Aunque resulta difícil encontrar sus escritos hoy en día, fueron bastante numerosos los teólogos de los años cuarenta que hicieron eco a las protestas de los Padres del Concilio Vaticano 1. Señalaban que el concepto "cuerpo místico" se aparta de la realidad en cuanto a que implica la divinización de la Iglesia, y que las referencias biológicas eran inapropiadas.

Descartamos la posibilidad de que un sacerdote común o lego de los años cuarenta comprendiera que algo importante le sucedía a la Iglesia con la publicación de *Mystici Corporis*. En tiempos normales las encíclicas papales las estudian los teólogos, las lee un número reducido de obispos y sacerdotes y las repasan los suscriptores a periódicos religiosos. Sin embargo, 1943 no fue un año normal, sino los días más terribles de la Segunda Guerra Mundial. En todo caso el énfasis del Papa sobre la frase le hubiera parecido al católico común que leyera el documento, que concordaba en forma natural con designaciones tan veneradas como "Cordero de Dios", el "Sagrado Corazón" o cualquiera de la larga lista de títulos exaltados que se le otorgan a la Virgen María en su letanía. Jamás se le hubiera ocurrido que estas dos palabras podrían desatar una tormenta sobre esa antiquísima nave, la Barca de Pedro.

Sin embargo, para aquél que se dedicaba al estudio serio de la teología, quedó claro que la frase "cuerpo místi

co" en la mente del Papa Pío XII, significaba mucho más que una denominación piadosa. En la forma en la que él la usó en la encíclica, la expresión desprendió a la Iglesia de su carácter institucional de casi dos milenios, haciendo a un lado su identidad antigua para darle un empujón hacia el futuro.

Casi de inmediato la encíclica del Papa Pacelli dio origen a una nueva disciplina intelectual: la eclesiología. La palabra "eclesiología" que hasta 1943 significaba el estudio de la arquitectura y arqueología de las iglesias", cambió para significar el estudio de cómo la Iglesia se ve a sí misma. Durante más de mil novecientos años no hubo nombre para tal estudio porque no existía. La Iglesia Católica Romana comprendía lo que era, lo sabían también la jerarquía, el clero y los fieles. De pronto, frente a la nueva imagen que señalaba la encíclica, parecía urgente preguntarse qué era aquello que la Iglesia se consideraba ser. De la noche a la mañana un nuevo tipo de teólogo, el eclesiólogo, tenía que ser inventado e instalado en los seminarios, en las universidades y entre el personal editorial de las publicaciones católicas.

Estos estudiosos pronto vieron que tenían trabajo de sobra. La transición repentina de Sociedad Perfecta a Cuerpo Místico resultó apenas un comienzo. Este primer cambio de paradigma, para usar la jerga de los eclesiólogos, inmediatamente dio lugar a otro. "Pronto", dice el Padre Dulles, "los eclesiólogos se preguntaban ¿El Cuerpo Místico es una pura comunión de gracia, o es visible? ¿No sería más apropiado, quizá, decir Pueblo de Dios?"

Dulles añade que luego de ser aceptado Pueblo de Dios (era el término preferido en el Concilio Vaticano II) el influyente dominico francés Yves Congar señaló su debilidad: "¿No suena egoísta y monopolista? ¿Por qué no decir que la Iglesia es un Misterio?". Entonces el Padre (después Cardenal) de Lubac de la Universidad Gregoriana, optó por designar a la Iglesia como un Sacramento. Su

razonamiento: "Si Cristo es el Sacramento de Dios entonces la Iglesia es el Sacramento de Cristo". Olvidémonos que la Iglesia enseñó desde tiempos remotos que hay sólo siete sacramentos y que ni la Iglesia ni Cristo son uno de ellos.

Los no-católicos comenzaron a jugar el "paradigma". Karl Barth, el calvinista suizo de quien Pío XII dijo que era su teólogo favorito, sugirió que los católicos llamaran a su Iglesia Heraldo del Verbo, mientras que los radicales protestantes, Harvey Cox y Dietrich Bonhoeffer recomendaron que a la Iglesia de Roma se le designara una Sierva.

Los jesuitas, generalmente imperturbables, se alarmaron. Sus eclesiólogos no encontraban algún precedente para la imagen de Sierva en las Sagradas Escrituras. Además, objetaban que la designación de servidumbre presentaba ciertas ambigüedades. En verdad, desde la Sociedad Perfecta "muy por encima de todas las demás" a la Iglesia-Sierva, los teólogos habían recorrido un camino largo y por él, tal y como habían pronosticado los Padres de Concilio Vaticano I, dilapidaron la identidad de la Iglesia Católica Romana.

Avery Dulles concede: "La Iglesia contemporánea padece alteraciones de paradigma de tal forma que hallamos los fenómenos de polarización, incompreensión mutua, falta de capacidad de comunicación, frustración y desfallecimiento. Cuando se altera el paradigma, la gente se encuentra con que, de pronto, ya no hay terreno sólido bajo los pies. No pueden comenzar a hablar el idioma nuevo sin comprometerse previamente a toda una gama de valores que pueden no ser de su gusto. Entonces se hallan ellos mismos gravemente amenazados en su serenidad espiritual".

Dulles es un clérigo que se dirige a sacerdotes..A pesar de que los detalles de estas oscilaciones casi no alcanzan a los feligreses, o bien apenas han llegado cuando se presentan las siguientes, los fieles están demasiado conscientes de lo que le puede suceder a la serenidad espiri

31 de sus pastores al contemplar la deserción arrebatadora del clero. Se calcula que en los Estados Unidos, unos diez mil sacerdotes y hasta cincuenta mil religiosos de ambos sexos abandonaron sus vocaciones. Han cerrado la mitad de los quinientos y tantos seminarios; y la edad promedio del clero es superior a los sesenta años.

Siguen las huidas sacerdotales al ritmo de casi cuatro mil por año en todo el mundo. En Francia donde anteriormente se ordenaban unos mil sacerdotes anualmente, ahora no llegan a cien. Así como la serenidad ha desaparecido del sacerdocio, de igual forma los fieles se han disipado de las iglesias. En París, sólo el 12% de la población acude a Misa. Aún en España, siempre tan católica, sólo el 20% de la población acude a Misa con regularidad los domingos y únicamente el 3% de los sacerdotes tiene menos de 30 años.

Según el *National Opinion Research Center* de Chicago, la caída en el número de católicos que practican su religión, ocurrida entre 1972 y 1973, constituye el colapso más dramático en la devoción religiosa, en toda la historia de la Cristiandad.

El periodismo popular sostiene que los sacerdotes han abandonado su vocación porque el Vaticano insiste en mantener la regla del celibato y que los fieles se han ido porque el Vaticano insiste en prohibir el control artificial de la natalidad. Obligados a reconocer que esas restricciones han sido parte de la vida del católico durante siglos, los escritores contestan con la tesis de que el hombre moderno, aún el hombre moderno católico, ha alcanzado tal nivel de "auto conciencia" que no puede y no debe tolerar control alguno de su libertad.

La teoría es falsa y totalmente apartada de la realidad. Los auténticos creyentes resisten cualquier disciplina. La historia demuestra que pueden soportar falta de iglesias, sacerdotes y sacramentos, grandes persecuciones y hasta hacer frente al martirio. Lo que no aguantan es la priva

ción de las certidumbres espirituales. Las burlas de los no-creyentes refuerzan su fe, pero cuando las burlas y las dudas vienen desde dentro, flaquea su fe y por consiguiente, su fuerza.

En cuanto sus maestros muestren la más mínima señal de duda, ¿cuál será el joven que no se pregunte si tiene la fe que se requiere para soportar la vida sacerdotal? Los rigores del celibato, de pronto, parecen demasiado difíciles.

El meterle mano a la tradición le significó a los católicos la pérdida de su Iglesia-como-Institución, esa estructura sólida y antiquísima en la cual se apoyaban para efectuar la labor delicada de creer y el trabajo difícil de vivir como católicos. Han quedado, al garete, no por límites impuestos, sino por la ausencia de ellos.

Aquellos hombres y mujeres que vinieron a Roma en 1971 para rezar toda la noche frente a la Basílica de San Pedro, pedían con sus oraciones que esa estructura se mantuviera y que los decretos debilitantes del Vaticano II se revocaran. Al igual que los escritores que sacaban libros y artículos en aquella época, creían que todo el mal radicaba en el Concilio. Les hubiera parecido totalmente increíble la idea de que una encíclica emitida veintiocho años antes pudiera turbar la serenidad espiritual en todo el mundo y que su autor hubiera sido, de todos los Papas, el más venerado por ellos.

Con el afán de hacer que lo aparentemente increíble se vuelva no sólo creíble sino obvio, este estudio ignorará al Segundo Concilio Vaticano como causa y lo tratará como efecto; el efecto inevitable de un proceder dirigido, concienzudo y emprendido con una meta fija que comenzó décadas antes de que Juan XXIII convocara a reunión a los obispos del mundo. Se verá su cita no tanto como una llamada a consulta, sino como una exigencia de firmas. Dado que muchas de las transformaciones

ya se habían efectuado y otras ya estaban bien redactadas cuando Juan dio la bienvenida a la larga y lenta procesión de prelados de altas mitras, esa mañana de octubre de 1962, veremos cómo todo ello representa la realización de un plan iniciado muchos años antes.

A esta distancia, el Concilio se percibe como una convocatoria de la jerarquía a Roma, con el propósito de mostrarle lo que ya estaba sucediendo, para darle la satisfacción de una participación muy limitada, y luego para ejercer sobre ella una fuerte presión moral para que cada obispo pusiera su firma en cada uno de los documentos que salían de las deliberaciones hábilmente manejadas.

Las firmas eran de suma importancia, puesto que le daban credibilidad a las transformaciones y creaban una situación más cómoda para los obispos, cuando tuvieran que hacer frente a sus congregaciones cargados con costales de novedades.

Es comprensible que el Concilio sea el punto de partida para tantos comentaristas. Aunque fácilmente podrían seguir la pista de los cambios si observaran los acontecimientos de años anteriores, esto significaría que tendrían que enfrentarse a la figura de Eugenio Pacelli, Papa Pío XII, una situación desconcertante tanto para liberales como para conservadores. Según la izquierda, con el pasar de los años, si no mientras vivía, Pacelli fue un archi-conservador, tristemente falto de luces y probablemente antisemita. Para la derecha, aparece como un santo. En ambos casos, su vida y su obra han sido recargadas de mitos, tanto piadosos como impíos.

Es probable que ningún papa en la historia haya sido tan mal comprendido. Se le ha venerado y despreciado, amado y odiado por todo aquello que nunca realizó y por lo que no fue. Ningún papa en la historia hizo más para cambiar la Iglesia; sin embargo, los conservadores católicos lo ven como el último pilar sólido de la ortodoxia.

xia. Jamás un papa hizo tanto por los judíos; no obstante los escritores judíos lo siguen acusando de indiferencia a su destino. Ningún papa se esmeró por complacer a los marxistas como él; sin embargo se le aclama en Occidente como héroe anticomunista de la Guerra Fría.

A través de sus largos años como diplomático del Vaticano, cuando inauguró lo que se llamaría la *Ostpolitik*, a través de su década como Secretario de Estado bajo Pío XI, y luego durante sus casi veinte años como Sumo Pontífice, a los cuales seguiría el pontificado de su protegido y heredero escogido, Giovanni Battista Montini, la obra de Eugenio Pacelli abarcó casi un siglo.

Si hacemos la cuenta de los acontecimientos honradamente respecto a la transformación de la Iglesia, entonces los hechos que constituyen la contribución de Pacelli tienen que formar parte de ese cálculo. Existe abundante material disponible. Como la Segunda Guerra Mundial terminó hace tantos años, se han abierto archivos americanos y alemanes, y se están publicando las memorias de importantes personajes de la época. El secreto en el Vaticano, sin embargo, puede ser eterno. Fue sólo con motivo de la acusación contra Pío XII respecto a su indiferencia hacia los judíos durante la Segunda Guerra Mundial, que en los años setenta se abrió una sección limitada de los Archivos Vaticanos para que la inspeccionaran cuatro investigadores jesuitas. Sin embargo, con o sin la cooperación del Vaticano, queda gran abundancia de material disponible respecto a Pacelli, el suficiente para que sólo los temerarios sigan dispuestos a aferrarse a los viejos mitos.

Si damos por hecho que Eugenio Pacelli fue gigante entre papas y que su periodo de actividad fue extraordinariamente largo, surge la pregunta ¿qué tiene que ver un papa con la revolución? En el caso de la Iglesia Católica tiene todo que ver. Mientras los movimientos de guerrillas, sean la Brigada Roja italiana o el Sendero Luminoso

en Perú, cuentan todos con la inspiración y dirección de estudiantes y profesores universitarios, en la Iglesia, con su estructura jerárquica rígida, el nivel intelectual donde se mueven los teólogos no es suficientemente alto. Cual quier mutación en doctrina o práctica tiene que surgir de la cumbre, del papa mismo. No hay otro camino.

Aunque Eugenio Pacelli fue la figura dominante en el proceso de socavamiento, no se hallaba solo. Otros cuatro italianos participaron en su empresa; Giacomo Della Chiesa, Angelo Roncalli y Giovanni Battista Montini fueron papas, mientras que Pietro Gasparri, como Secretario de Estado, llevó a cabo su fase de la operación como si lo fuera. Lo que lograron los cinco no fue poca cosa, ya que se trataba de la transformación del cuerpo religioso más grande del mundo, un cuerpo que había perdurado prácticamente sin cambio durante casi dos mil años.

Sin inmutarse, la Iglesia Católica soportó el gran desprendimiento de cuatro siglos antes y hasta cobró cierta fuerza del golpe por la redefinición obligada de su propia identidad. El trauma protestante fue una amputación. Lo que ha sucedido en nuestros días no es un rompimiento, sino una vuelta interna, algo más drástico. Por comparación con lo que se consideraba la identidad católica durante diecinueve siglos, la Iglesia socavada de hoy es algo muy novedoso. Al mismo tiempo que las estructuras de su masa menguada han sido hechas más rígidas que nunca, ha ocurrido un ahuecamiento de casi todas las antiguas verdades que eran su vida.

"*Socavam* lento", según el diccionario, significa la "acción de quitar los cimientos por medios clandestinos". Tratándose del católico común, lo que extirpó a su Iglesia, sí, fue tomado clandestinamente, pero no todo el secreto era intencional. No se informaba sobre los cambios que efectuaban clérigos de círculos interiores que trabajaban bajo la dirección papal, ni se daba publicidad a su labor, mientras que los fieles se hallaban cada vez más

privados de enseñanza teológica, tendían en forma creciente a volverse hacia su propia piedad, algo que los transformadores tuvieron cuidado de no perturbar. Como resultado, hasta que los medios de comunicación enfocaron sus luces sobre las sesiones del Concilio, el católico común desconocía que había ocurrido una revolución. Su reacción natural, cuando se impuso la nueva Misa, fue suponer que fue el Concilio el que ha cambiado las cosas.

Los siguientes doce episodios en una cronología de seis décadas, intentarán, por primera vez, eslabonar los movimientos del Vaticano; algunos clandestinos y otros proclamados abiertamente, que forjaron al extraño Nuevo Católico y a la extraña Nueva Iglesia Católica.

II

CRÓNICA 1903-1963

La formación de una alianza

Si no fue en las sesiones del Segundo Concilio Vaticano donde nació la revolución católica, tampoco puede afirmarse que se originó en 1943 con la *Mystici Corporis*, no obstante lo que dice el Padre Rotondi. Aunque en verdad la Iglesia estuvo sitiada desde la Revolución Francesa, los primeros impulsos que terminarían por mover al Papa Pío XII a pronunciar su gran cambio de paradigma pueden detectarse a finales del siglo pasado.

Fue una época cuando parecía que el mundo se sentía excesivamente orgulloso de sí mismo. Para largas décadas había relativa paz y prosperidad. Enormes imperios siguen extendiéndose sobre el globo, funcionando más o menos bien, mientras que los científicos pronostican maravillas para el futuro. Es cierto que se presentaron algunas señales punzantes de una próxima tragedia con los asesinatos de un presidente americano, una emperatriz austriaca y un rey italiano, pero Vladimir Lenin todavía leía tranquilamente sus periódicos en un café de Zurich, el afligido Emperador seguía arrodillándose en la Misa todas las mañanas en su Hofburg y sus afectuosos vieneses aún giraban al compás de los valeses de Johann Strauss.

Los primeros años de 1900 fueron relativamente favorables para la Iglesia Católica, a pesar de las duras dosis de anticlericalismo por parte de los gobiernos de Italia y Francia. Aunque la labor misionera de las órdenes religiosas francesas y belgas apenas se iniciaba en África, la membresía de la Iglesia en el resto del mundo se distribuía en forma parecida a la de hoy en día. No obstante

el Papa León XIII, como su antecesor Pío IX, insistía en que era "prisionero en el Vaticano", en protesta contra la toma de los Estados Papales por parte de la Italia insurgente, había alcanzado la edad de noventa años en un reino notablemente productivo que fue poco afectado por su situación de cautivo. Llevó adelante, con gran energía, un programa de reforma de seminarios; abrió la biblioteca Vaticana a los estudiosos, fundó un instituto de estudios bíblicos y emitió cincuenta encíclicas, las más notables de ellas la *Humanum Genus*, una franca denuncia de la Masonería y la *Rerum Novarum*, en la cual delineaba la posición de la Iglesia en cuanto a relaciones obrero-patronales.

Al comenzar el nuevo siglo, ya gozaban de vida y salud los cinco italianos que, con el transcurrir de las próximas décadas, emprenderían la labor de transformar la Iglesia Romana. El mayor de ellos era Pietro Gasparri, de 48 años, el napolitano que llegaría a Secretario de Estado con Benedicto XV y con Pío XI. Giacomo Della Chiesa. El genovés que reinaría como Benedicto tenía 46 años. El romano Eugenio Pacelli, por 24 años, el futuro Pío XII, estaba recién ordenado. Había dos lombardos, Angelo Roncal, quién tomaría el nombre de Juan XXIII y el niño de tres años, Giovanni Battista Montini, que sería Pablo VI.

Ya se hallaban ligadas las vidas de los cuatro hombres y, a través de sus padres, la del niño. A medida que pasaran los años sus carreras se entrelazarían en lo que podría parecer un esfuerzo de equipo que sería de gran importancia práctica en la realización de su tarea extraordinaria. ¿Una conjura? El término es demasiado fácil, con sus implicaciones melodramáticas y demasiado simplista al no tomar en cuenta el hecho de que estos hombres, viniendo de las familias que provenían, educados en determinada forma, y sometidos a particulares influencias no hubieran podido actuar en una forma diferente a la que registran los hechos. Sólo la interven

ción de cinco grandes milagros hubiera cambiado el curso de sus vidas.

Digamos que tenían la misma visión y que esta visión era de un nuevo tipo de Iglesia Católica. No fueron los únicos de su tiempo en tener esta visión, pero por el poder que cada uno de ellos iba a manejar, se convertirían en los ejecutores. Uno tras otro, en sucesión cerrada, llegarían a ver, lentamente al principio, cómo iba tomando forma su percepción. Su desarrollo acelerante los sostendría medio siglo y más, hasta los últimos años del último de los cinco, cuando las estadísticas comenzaron a demostrar que la visión se convertía en una pesadilla y el Papa Montini, inadecuado a tan pesada carga, se deshizo en lágrimas.

La presión se acentuó sobre Montini, el más débil de los cinco, y sobre Pacelli, el más fuerte. El material biográfico indica un sorprendente paralelo entre la vida de los dos hombres. Cada uno fue escogido, educado y promovido por sus padres y por amigos poderosos de éstos dentro del Vaticano, para convertirse un día en Papa, con el mismo empeño con que se preparara a un príncipe heredero para ser rey. Las familias de Pacelli y Montini desde hacía mucho se habían involucrado en asuntos del Vaticano. El abuelo de Eugenio, Marcantonio, llegó a Roma en los años 1840, de la provincia de Viterbo, cuando su hermano Ernesto, miembro de la firma bancaria Rothschild, se comprometió a hacer un fuerte préstamo a los Estados Papales bajo Gregorio XVI. Ernesto se quedó a establecer las primeras oficinas del Banco di Roma, mientras que Marcantonio se volvió consejero legal de Gregorio y luego de su sucesor, Pío IX, para finalmente acompañar a este último al exilio en el pueblo costero de Gaeta cuando los disturbios políticos en Roma se tornaron amenazantes.

La instigación a la violencia en los Estados Papales, fuese o no justificable, tiene que atribuirse a los líderes de la masonería italiana. Así como los protestantes del

siglo XVI eran ex católicos que estaban seguros de haber encontrado una forma mejor de profesar culto, los masones que mortificaban a los países católicos con movimientos y gobiernos anticlericales, eran ex católicos que creían haber hallado una forma mejor de vivir y de organizar a la sociedad. En los países católicos, particularmente en Italia y Francia, las divisiones no estaban siempre claras. Se sabe que en la época de la Revolución francesa cientos de franceses le agregaron un juramento masónico a sus votos sacerdotales y de acuerdo con fuentes masónicas fidedignas, el Padre Mastai-Ferretti, que sería el Papa Pío IX, fue admitido en la logia *Eterna Catena* de Palermo en 1837 a la edad de 46 años. Diez años más tarde, siendo Papa, otorgó amnistía general a los más revolucionarios de toda la Hermandad, los Carbonari!, al mismo tiempo intervenía para frenar el trabajo del jesuita francés, Cretineau-Joly, a quien Gregorio XVI había dado la tarea de investigar la actividad masónica en los Estados Papales.

No sabemos qué afectó la forma de pensar de Pío IX durante sus dos años en el exilio, pero bastó para que regresara al Vaticano como un hombre cambiado. En adelante se dedicaría a la defensa de la Iglesia en contra de sus enemigos y de sus Estados contra la subversión. Se reinstaló al Padre Cretineau-Joly. Pío Nono, como le decían afectuosamente los italianos, alcanzó a convocar el Concilio Vaticano de 1870, al cual se le denomina ahora el "Primero".

A su regreso de Gaeta, Marcantonio Pacelli se apartó del papa para reunirse con los fundadores del periódico Vaticano, *l'Osservatore Romano*. Como en el caso del niño Montini años después, Eugenio, el nieto de Marcantonio, no asistió a una escuela. Se decía que era demasiado débil, lo mismo que se iba a decir de Montini. Recibió instrucción en su casa hasta los últimos años de preparatoria cuando se le otorgó un diploma del Liceo

Visconti, bien conocido por los romanos como el centro educacional estatal más hostil a la Iglesia que cualquier otro en la ciudad.

Eugenio Pacelli tenía dos años cuando su padre lo llevó a la cabecera del Papa Pío IX, quien agonizaba. Se relata que el Papa dijo: "Eduquen bien a ese pequeño hijo para que algún día sirva a la Santa Sede". El sucesor de Pío IX, León XIII, continuó con la tradición de que los Pacelli eran una "familia del Vaticano". Él tomó a Eugenio, egresado de la preparatoria, y lo colocó bajo el cuidado especial de su Secretario de Estado, el Cardenal Rampolla. "Haz de él un buen diplomático", ordenó. Una vez más, el joven no vivió una vida escolar normal. Su entrenamiento sacerdotal avanzó en forma privada hasta los dos últimos años de estudio, cuando el Cardenal insistió al Rector del Instituto Capranica que aceptar a su encomendado como estudiante no-interno.

Si la elección del Liceo Visconti por la familia Pacelli había sido extraña, la elección del Capranica por el Cardenal fue tambaleante. En los años 1890 este seminario era conocido en toda Italia como un centro nacional de radicalismo teológico al que pronto se le pondría el calificativo de "Modernismo". La escuela ha sostenido esa reputación hasta nuestros días, pues festejó al "Abate Rojo" Franzoni, después de su suspensión *a divinis* en los años setenta, y también a Ivan Illich del CIDOC. Mientras tanto, el vecindario sigue quejándose de las celebraciones nocturnas que se vuelcan a las viejas y oscuras calles, cada vez que la izquierda celebra algún triunfo, desde la victoria a favor del aborto en el Parlamento Italiano hasta los resultados del referéndum en Chile. Aunque el ambiente hubiera sido bastante más sosegado a fines del siglo pasado las enseñanzas no-ortodoxas bien pudieran haber sido cosa más seria.

Quizá el contenido de la instrucción privada que recibió el futuro Pío XII jamás se conozca; sin embargo, su

educación en el aislamiento y la tendencia revolucionaria de las escuelas a las que asistió significaban una preparación extraña para una carrera en la jerarquía católica. Como Papa, permaneció fiel al Capranica e hizo una de sus muy pocas excursiones fuera del Vaticano en 1957, para inspeccionar trabajos de restauración que él mismo ordenó en los edificios principales.

Es cuando examinamos la trayectoria del hombre a quien el Papa León encomendó la educación del muchacho Pacelli que se nos vuelve más difícil evitar el uso del término "conjura", simplemente porque el noble siciliano es una de las figuras más controvertidas en la historia de la Iglesia Católica. Instalado en el segundo puesto de importancia en el Vaticano durante dieciséis de los veintiséis años del pontificado de León XIII, se daba por hecho que el Cardenal Rampolla sería el sucesor. En 1903 cuando a los 93 años, León murió, los primeros votos del nuevo cónclave ascendieron a favor de Rampolla hasta que, ante el gran asombro de los electores, el Cardenal Metropolitano de Cracovia se puso de pie para marcar el alto con un anuncio que se telegrafiaría por todo el mundo. Hablando de parte de Su Majestad Imperial Franz Josef de Austria-Hungría, el primado de Polonia pronunció un veto sobre la elección del Cardenal Rampolla. Tan molestos como sorprendidos los cardenales pronto averiguaron que una cláusula ya olvidada hacía mucho de un tratado entre Viena y el Vaticano, le daba la fuerza de una obligación legal a la intervención.

No se dio motivo alguno para el veto, aunque se sugirió una razón política. Se suponía que Austria se disgustó por algunas actitudes francófilas de Rampolla. Sin embargo, se reveló años después que un tal Monseñor Jouin, sacerdote francés dedicado a la caza de MASONES con el celo de un Simón Wiesenthal cazando Nazis, había descubierto la prueba de que el Cardenal no sólo era miembro de la Hermandad, sino Gran Maestro de una

secta, particularmente oculta, conocida como Ordo *Templa* Orlen *tis*, en la cual había sido iniciado en Suiza unos años antes. Los esfuerzos de Jouin por hacer llegar esta información al Papa León fueron bloqueados, naturalmente, por el propio Rampolla, sus seguidores y amigos en las oficinas de Estado. Con ansia de que se conocieran los hechos con anterioridad al próximo cónclave, Jouin contactó a la corte austriaca y ahí se le escuchó.

En un estudio reciente, el historiador italiano Giovanni Vanoni entra en detalles al tratar el tema del Ordo *Templi* Orlen *tis*, conocido por sus iniciales como OTO. Afirma que es "una de las sociedades secretas contemporáneas más desconcertantes". Se fundó unos cuantos años antes del cónclave papal mencionado, por un rico vienés cuyos frecuentes viajes al Lejano Oriente lo habían convertido en adepto a "las técnicas de la magia sexual", tal y como las enseñan ciertos yogis de la India. Socios fundadores de la OTO fueron dos alemanes, Theodor Reuss que también fue miembro del muy oculto Rito de Menfis, con sede en Inglaterra, y Franz Hartmann, médico que pasó años en Estados Unidos asociado con la dirección general de la *Theosophical Society* de Madame Blavatsky. Entre otros seguidores de la OTO habría que incluir a Rudolf Steiner, cuyas enseñanzas tomarían un lugar importante en la vida de Angelo Roncalli y causaron su destitución de la facultad del seminario Laterano. El miembro de mayor notoriedad de la OTO fue, probablemente, Aleister Crowley, immortalizado en la primera novela exitosa de Somerset Maugham, *The Magician*. Crowley, electo Gran Maestro en 1912, proclamaba que estaba "bajo la dirección de una Inteligencia Superior" que le aconsejaba "abrir las puertas de una nueva era, aquella destinada a suceder a la Era Cristiana que ya estaba en su agonía de muerte".

Cualquiera que haya sido el compromiso de Mariano Rampolla del Tíndaro, conviene mencionar que la última

condena clara de la masonería que provino del Vaticano estuvo incorporada por la encíclica *Humanum Genus* que se redactó en 1884, tres años antes de que el Papa León tomara a Rampolla como su Secretario de Estado.

De mayor interés todavía es rastrear las relaciones de Rampolla con los cinco hombres destinados a llevar a la Iglesia a su "nueva época". Giacomo Della Chiesa, el futuro Benedicto XV, era ex alumno graduado del Instituto Capranica, y fue escogido por Rampolla como su secretario particular en la Nunciatura de Madrid. La relación duraría veinte años. Como Secretario de Estado, el Cardenal Rampolla trajo a Pietro Gasparri del Instituto Católico de París a Roma para trabajar como su ayudante principal. Gasparri se convertiría en el poder tras el trono de Pío XI. Mientras tanto, el joven Padre Pacelli, que estuvo años bajo la tutela directa de Rampolla, se volvió su secretario personal y asiduo compañero de viaje en importantes misiones diplomáticas. Juntos asistieron a los funerales de la Reina Victoria. Subsecuentemente, cuando tenía sólo veintitantos años, el Padre Pacelli, que trabajaba como mitutante en las oficinas de Estado, tuvo acceso a juntas Vaticanas de alto nivel.

En ese tiempo, entraba y salía de las oficinas del Secretario Rampolla el periodista y político, padre del futuro Pablo VI, Giorgio Montini. Rampolla se interesó en la idea de Montini, de un partido político auspiciado por la Iglesia. El Papa León no quedó convencido. En cuanto al futuro Papa Juan XXIII, su carrera se relacionaba con el Cardenal Rampolla a través del amigo y confidente de éste, Monseñor Radini-Tedeschi, quien trabajó mucho tiempo con Della Chiesa en las oficinas de Estado. Angelo Roncalli, que provenía de una pobre familia campesina, consiguió su educación y su elevación al episcopado gracias al patrocinio de Radini-Tedeschi. Fue su secretario particular y después de la muerte del obispo escribió su biografía.

Tomando en cuenta el poder carismático personal del Cardenal siciliano y la orientación de su supuesto compromiso, los católicos tradicionales señalan de inmediato una "clique Rampolla" y hasta una "mafia Rampolla". Que hubo una alianza es cosa cierta. El *I Osservatore Romano* prácticamente admitió este alegato en un editorial que celebraba la elección del Cardenal Roncalli como Papa en 1958: "Fue Benedicto XV (Giacomo Della Chiesa) quien colocó el pie de Angelo Roncalli, quién ahora conocemos como Juan XXIII, en el primer peldaño de la escalera que lo llevaría a la Silla de San Pedro, tal como lo hizo con Achille Ratti (Pío XI) y Eugenio Pacelli (Pío XII)".

Se sufre un retraso

Es probable que Giorgio y Giuditta Montini, padres del futuro Pablo VI, figuran en la apresurada sustitución de Giuseppe Sarto, Patriarca de Venecia, por el Secretario Rampolla, después de la sensacional interrupción del cónclave de 1903. Es posible que en sus frecuentes viajes al Vaticano, Montini hubiera expresado su preferencia por Sarto, predilección que Rampolla les hubiera comunicado a los perplejos y frustrados electores. Los grupos de Brescia, encabezados por los Montini, mientras se esforzaban por crear un partido político católico, habían estado en contacto con el Patriarca cuando orga

nizaba clubes sociales para las horas de descanso de los trabajadores venecianos.

Se le ha citado a Montini el haber dicho: "Es un hombre de nuestra forma de pensar". La sincera humildad y sencillez de Sarto también pudieron haber sido una recomendación para él como sustituto de Rampolla. Es más, en cuanto continuó el cónclave y parecía inminente su elección, a Sarto se le escuchó decir al Cardenal Gibbons: "¡Pero si yo no sé nada de asuntos mundiales!" A lo que el americano respondió: "¡Tanto mejor!".

Con lo que no contaban ni los electores ni la élite del Vaticano, fue con Monseñor Rafael Merry del Val, un hombre que conocía mucho de cuestiones internacionales. De la nada o cuando menos de un mundo totalmente distinto del italianísimo Vaticano de Rampolla, este sacerdote irlandés-español, nacido y educado en Inglaterra, a los 39 años llegó en el primer mes del nuevo pontificado de correo diplomático a Cardenal Secretario de Estado. Junto con Giuseppe Sarto como Papa Pío X, el joven Merry del Val emprendería una batalla.

Ya para el año del cónclave, 1903, circulaba un número sorprendente de tesis cuyo destino sería transformar a la Iglesia durante los próximos sesenta años, desviaciones de la doctrina ortodoxa tan antiguas como la Cristiandad y tan parte del futuro como Juan Pablo II. Principalmente en Francia, pero también en Italia, Inglaterra y Bélgica, una actitud alternativa hacia la religión comenzaba a emerger en los seminarios, universidades y por medio de conferencias, libros y entrevistas. Estaba en marcha lo que se iba a nominar el Modernismo.

El movimiento no tenía fundador, ni programa; sólo se jactaba de una serie de actitudes compartidas que incluían el rechazo a Santo Tomás de Aquino como "medieval" y el sentimiento de que la religión debe tener su origen en la experiencia personal, de la cual "el dogma puede ser una expresión, pero no una garantía sofocante".

Entre las frecuentes reuniones de los partidarios de esta forma diferente de ser católico, la que ocurrió en Subia co en Italia juntó delegados de Francia, Suiza e Italia, a quienes se les instó a "romper las ataduras que oprimen y asfixian a la Iglesia". En un momento de exaltación irrestricta se declaró que todos los presentes sentían que "Cristo está preparando una inmensa transformación religiosa por medio de los profetas y los santos".

A diferencia de los disidentes del siglo XVI, los innovadores no deseaban dejar la Iglesia. Más bien, tenían la esperanza de rehacerla desde dentro. La euforia sobre el arribo de un nuevo siglo, así como la emoción provocada por inusuales iniciativas en la investigación histórica y científica, aparentemente contribuyeron al floreciente impulso de inventar nuevas formas de creer.

El Papa León, a los noventa y tantos años, con Merry del Val a su lado, no era el indicado para frenar la corriente de especulación teológica. Pero tampoco hizo cosa alguna por fomentarla. Si a principios de siglo las novedades religiosas hubieran recibido el apoyo del Vaticano que tuvieran las innovaciones teológicas de los años cincuenta, seguramente la gran transformación hubiera tomado forma antes de la Segunda Guerra Mundial. Se supone que tal apoyo se esperaba como consecuencia de la elección al trono papal del Cardenal Rampolla. Sin embargo, cuando nuevamente surgieron esperanzas con la elección de Giuseppe Sarto, estas esperanzas pronto cayeron por los suelos. En vez de abrirse hacia lo nuevo, reafirmó lo viejo, o, como diría más tarde el buen amigo del Papa Pablo, el Cardenal Pignedoli: "Pío X, desde nuestro punto de vista, hundió a la Iglesia en medio siglo de oscurantismo". Hoy en día, en Roma, increíblemente, continúan las maniobras legales que intentan descanonizar a este notable Papa, quien fue elevado al estado de santidad varias décadas después de su muerte.

Los católicos conservadores vuelven la mirada hacia Pío X como su gran defensor de la ortodoxia, y los sacerdotes ordenados por el tradicionalista Monseñor Le febvre le han dado su nombre a su sociedad. Sin embargo, es probable que el promotor principal dentro del Vaticano durante los once años del reinado de Sarto haya sido Merry del Val. Hijo de un diplomático; y educado internacionalmente, trajo consigo un nuevo sentido de realismo político al Vaticano. Cuando el Papa iba a autorizar a los Montini la impresión de folletos para su nuevo Partido Popular en la imprenta del Vaticano, el Cardenal le pudo mostrar que el grupo Montini, con su proyectada apertura a la izquierda, tenía lazos de organización con la Internacional Socialista. Conmocionado, Pío hubiera declarado que el Partido Popular (antecesor del Partido Demócrata Cristiano) quedaba fuera de límites para los católicos italianos, de no haberlo disuadido Monseñor Radini-Tedeschi con una ferviente súplica.

Ya sea que Merry del Val haya o no presionado al Papa a remover de su oficina a los dos asociados de muchos años del Cardenal Rampolla, no fue sino hasta 1907, cuando Radini-Tedeschi fue consagrado Obispo de Bérgamo, y Della Chiesa Obispo de Boloña, que el Papa Pío X tomó medidas en contra del creciente caos en círculos intelectuales católicos. Entonces citando un total de sesenta y cinco aberraciones individuales que se apartaban de la doctrina tradicional y que se hallaban en publicaciones religiosas de la actualidad, tildó a todas de "Modernismo" y emitió dos denuncias formales, una carta pastoral que iniciaba con la palabra *Lamentabili* y una encíclica que comenzaba *Pascendi*. Después de los dos documentos, prosiguió con la formulación de un juramento contra el Modernismo que tenían que prestar los superiores de todas las órdenes religiosas, directores de seminarios y facultades teológicas, así como cualquier sacerdote al momento de su ordenación.

El juramento actuó como un tónico refrescante sobre un clero intranquilo y vacilante. En 500 palabras sucintas, definió lo que los católicos deben creer. Principiando por Dios mismo "Quien puede conocerse con certidumbre a la luz natural de la razón" y por las "cosas que son creadas", siguió con la definición de la Iglesia como instituida por "el Cristo histórico cuando Él moró en la tierra". Golpeando al existencialismo, muy difundido entre quienes soñaban con una nueva religión, decía: "Sostengo que la fe no es un sentimiento religioso ciego que brota de las profundidades del subconsciente... sino el verdadero asentimiento del intelecto a la verdad recibida..." y "rechazo la invención hereje de la evolución del dogma que pasa de un significado a otro". El juramento se exigió hasta mediados de los años sesenta; ya en esas fechas la especulación teológica se había extendido por tan diversos caminos, que prestar el juramento hubiera significado desafiar al mismo Segundo Concilio Vaticano.

En cambio la acción decisiva de Pío X en 1907 fue efectiva inmediatamente. En tanto que había sido un movimiento, el Modernismo se desbarató. Su caída precipitada se comprende como consecuencia del hecho de que las teorías que promovía carecían en absoluto de algún conducto del Vaticano a los fieles. Así, el Modernismo quedó como fenómeno de las academias. El lego común poco se imaginaba que circulaban errores doctrinales, mucho menos una colección de sesenta y cinco versiones. Si hubiera continuado ausente la acción papal, los jóvenes sacerdotes que salían de los seminarios hubieran dado alguna expresión limitada a los nuevos conceptos, pero para que se extendieran a los parroquianos las teorías tendrían que pasar por los obispos y eso hubiera requerido de la intervención del Vaticano.

Con León XIII y Pío X, tal participación era imposible. Mientras que el grupo Rampolla dentro del Vaticano, lo

del Capranica, en Bergamo y de Boloña deben haberse sentido alentados cuando florecía el Modernismo e infelices ahora que había sido demolido, mostraron su consumada sabiduría al rehusarse a darle el más mínimo apoyo público. Conscientes de que las nuevas doctrinas solamente pueden ser absorbidas por la Iglesia a través de la aceptación y actuación del papado, decidieron esperar su oportunidad. Después de la publicación de *La mentabilt*, *Pascendi* y del juramento, no tenían que aguardar más que siete años.

Se comienza de nuevo

La muerte del Papa Pío X sucedió dieciocho días después del inicio de la Primera Guerra Mundial. Los once años de su intenso y singularmente honrado pontificado dejaron a la Iglesia Católica con renovado sentido de identidad, a la vez que la reafirmación decisiva de las antiguas certidumbres volvió a despertar el fervor y la devoción.

Simultáneamente, los años Sarto representaron un retraso severo para quienes soñaban con una nueva forma de ser católico. Simplemente recobrar la oportunidad que brindaba el comienzo del siglo veinte se llevaría años, quizá décadas. Aunque se aseguraba el resurgimiento si se lograba la ansiada elección de Giacomo Della Chiesa, secretario por muchos años del Cardenal Rampolla, pero sería necesariamente lento. Debido a la

nueva conciencia vigilante por parte de los fieles respecto a las desviaciones de las antiguas enseñanzas, cada paso que se tomara hacia una "Iglesia del Futuro" tendría que efectuarse con cuidado y expresarse en términos de gran piedad. El Arzobispo Della Chiesa sí se convirtió en Papa en 1914 y tomó el nombre de Benedicto XV, mientras que el otro protegido de Rampolla, Pietro Gasparri, entró al puesto de Merry del Val como Secretario de Estado. Se pregunta uno si acaso el Emperador de Austria-Hungría, ya muy anciano y cargado con tragedia sobre tragedia, se dio cuenta, dos años antes de su muerte, que el Cardenal siciliano cuya elección él vetó, había, a pesar de todo; ascendido al trono papal en las personas de sus dos allegados más cercanos.

A riesgo de caer en generalizaciones, un examen de la Iglesia Católica a través de los siglos parecería darle credibilidad a ciertas calificaciones de gran alcance. Desde un punto de vista histórico, ¿han existido misioneros que igualaran a los españoles, mártires a los ingleses o pensadores en materia religiosa, para bien o para mal, tan talentosos como los franceses? Si el nuevo Papa abraza esperanzas de reavivar el liberalismo, tendría que comenzar por los franceses. El blanco específico de Benedicto fue el grupo que se llamaba a sí mismo *Sodalitium Piánem*, asociación de legos y unos cuantos sacerdotes que se dedicaban a vigilar la expresión de herejías en la educación, en la predicación y en las editoriales de acuerdo con las normas establecidas por Pío X. Aunque el proyecto originó en las mentes de Merry del Val y de un Monseñor Benigni, un sacerdote periodista en su oficina, fue en Francia donde floreció la idea y donde no daba señas de amainar con la muerte de Pío X. Con su misión de reportar directamente a Roma sobre las aberraciones doctrinales, el *Sodalitium* le era en fadoso al Papa Benedicto y a su Secretario de Estado.

Años más tarde, cuando seguía adelante el proceso de beatificación de Giuseppe Sarto, el Cardenal Gasparri se expresó en forma enteramente amarga, acusando a Pío X de "aprobar, bendecir y fomentar una sociedad secreta por encima de la jerarquía, que se dedicaba al espionaje en su esfuerzo por monitorear hasta a los más eminentes cardenales. En pocas palabras, aseveró, el Papa dio su bendición a una especie de masonería dentro de la Iglesia".

El Papa Benedicto golpeó sutilmente al *Sodalitium* en su primera encíclica, más o menos en la forma en que el Papa Pacelli golpearía años después las teorías de evolución que promovía Pierre Teilhard de Chardin. No se mencionaban nombres. *Ad Beatissimi*, se suponía, era una plegaria por la paz mundial en la veloz propagación de la Gran Guerra. Era una exhortación "a darle fin a la disputa y a la discordia, a favor de un nuevo sentido de hermandad". Aunque pocos legos., excepto los líderes del *Sodalitium*, leyeron la encíclica, les dio a entender a los maestros y predicadores en todas partes, que la guerra entre el Vaticano y los Modernistas había terminado. Marc Sangnier, líder del *Sillon*, hace tiempo desbandado y blanco de la *Lamentabili*, había recibido las buenas noticias en una cálida carta personal del nuevo Papa, en la cual Benedicto le expresaba su "alta estima". Al leer, hoy en día, una obra de este disidente francés es difícil creer que no escribía para la junta clerical de Daniel Ortega de Nicaragua: "Las ideas de la revolución tienen diecinueve siglos de antigüedad y salen directamente del Evangelio. Por lo tanto, la Iglesia tiene que abrirse a la nueva tendencia y entrar en el movimiento que construye el mundo moderno".

Tal como lo señalaría más tarde el Cardenal Gasparri, las investigaciones de los legos franceses se acercaban en forma muy incómoda a "eminentes cardenales". Ya tenían al gobierno anticlerical de Francia en franca retirada, de tal forma que para 1921, el último del reinado de

Benedicto, la presión emanada del Quai D Orsay combinada con las quejas constantes de Gasparri, movieron al Papa a disolver el *Sodalitum*.

Bajo la hipótesis de que hombres formados por el Cardenal Rampolla estaban suficientemente arraigados en la estructura de poder del Vaticano como para controlar la dirección que tomara un cónclave electoral, es de suponerse que la muerte del Papa Della Chiesa les presentó un dilema. Si hubiera vivido los largos años que normalmente le tocan a un eclesiástico, su muerte unos diez años más tarde hubiera ocurrido cuando Eugenio Pacelli ya hubiera alcanzado la edad apropiada para ascender el trono de Pedro. A los 48 años que tenía Pacelli cuando falleció Della Chiesa, los fieles lo hubieran considerado demasiado joven. Naturalmente, estaba Gasparri. Pero parece que él prefirió quedarse en su puesto de Secretario de Estado. En todo caso, apoyó la elección del Arzobispo de Milán, Achille Ratti, un candidato sumamente improbable.

Sacerdote bibliotecario hasta los sesenta y un años, Ratti fue obispo solamente tres años, dos de ellos los pasó como diplomático en la mal comunicada Polonia, devastada por la guerra. Fue Cardenal-Obispo en Italia apenas siete meses. Los electores provenientes de fuera de Italia difícilmente oyeron mencionar su nombre, y aquéllos que ocupaban puestos en Italia supieron poco de él. Podemos imaginar que requirió de intensas maniobras por parte de sus patrocinadores (que suponemos fueron los del grupo Rampolla que rodeaban a Gasparri) para asegurarles a los venerables cardenales, muchos de ellos con décadas de experiencia episcopal, que debían elegir a Ratti. En todo caso, el esfuerzo resultó exitoso, pero en los siguientes diecisiete años los que respaldaron el plan tenían razones para desear que hubiese fracasado.

Achille Ratti, que tomó el nombre de Papa Pío XI, fue el más erudito de los Papas de tiempos modernos. En con

traste con la educación escolar improvisada e irregular, por no decir extraña, que recibió Eugenio Pacelli, la de Pío XI siguió el curso normal de un hijo de familia de clase media superior del norte de Italia, a fines del siglo pasado.

Al salir del seminario en Milán tomó un doctorado triplé en la Universidad Gregoriana en Roma y a los pocos años de ordenarse, fungía como director de la gran Biblioteca Ambrosiana de Milán.

Si no era precisamente miembro del círculo interior del Vaticano, tampoco estaba del todo fuera de él. Había sido alumno de Monseñor Radini-Tedeschi, y al igual que el Papa Della Chiesa, auxilió en su carrera al joven secretario de Radini-Tedeschi, Angelo Roncalli. Como milanés, tenía relaciones amistosas con los Montini de la cercana ciudad de Brescia..

Por otra parte afirmó que escogió el nombre de "Pío" por la estima que le profesaba al Papa Sarto, quien lo había transferido de la Biblioteca Ambrosiana a la del Vaticano, y con quien disfrutó ocasionalmente de conversaciones y del té en el Palacio Episcopal de Venecia. En varias de sus encíclicas se aprecia que su punto de vista era bastante parecido al de Pío X; al mismo tiempo, un número similar de sus actos oficiales constituyeron importantes pasos hacia la creación de un nuevo tipo de Iglesia. La paradoja plantea un problema acosante que puede resolverse en una de dos formas; o Pío XI sufría de una esquizofrenia intermitente o su pontificado de diecisiete años fue una batalla continua con sus dos sucesivos Secretarios de Estado: Gasparri y Pacelli.

El año de su elección, 1922, fue de augurios tremendos para el mundo: Vio el nacimiento de las República Socialistas Soviéticas; el hambre de millones de alemanes, la marcha en Roma de los Camisas Negras de Mussolini, la continuación persistente de veinte guerras menores y el otorgamiento del premio Nobel para la Ciencia a un físico sueco por un avance notable en la escisión del átomo.

El nuevo Papa miraba con ojos tradicionalistas las ruinas de aquel baluarte antiquísimo del Catolicismo, el Imperio Habsburgo, ya sustituido, a raíz del Tratado de San Germain, por una proliferación de nuevas repúblicas. En su primera encíclica, *Orbi Arcani*, censuró la nueva igualdad: "Al excluir a Dios de la vida política, al derivarse la autoridad no de Dios sino del hombre, la base misma de la autoridad ha desaparecido porque se ha eliminado la razón principal de la diferencia entre gobernante y gobernado". Dos años más tarde, en la encíclica *Quas Primas*, definió sus principios respecto a las relaciones Iglesia-Estado como "El Reinado de Cristo". Ambas encíclicas podrían haber sido obras de Pío X.

Luego, como si tomara el camino opuesto al concluir el primer año de su pontificado, Pío XI convocó a un Congreso Eucarístico en Roma. Entre los detalles elaborados por Gasparri, figuraba una Misa de medianoche la víspera de Navidad. Ante el altar mayor en la Basílica de San Pedro, el Papa cantó la liturgia en un ritual que no tenía precedente. La congregación cantó las respuestas. Gasparri explicó a las multitudes que "el Papa tiene un deseo ferviente de que los fieles participen en la liturgia".

Pío XI fue el Papa que puso en marcha lo que ahora llamamos ecumenismo. Como la palabra "eclesiología", la palabra "ecuménico" tomó un significado que jamás tuvo antes. De su acepción de "general, que atañe a todo el mundo" —como en "concilio ecuménico"— ahora se entiende una reunión de todas las religiones del mundo. En los años veinte, Roma aún no propiciaba lo que con el Papa Juan Pablo II parece que es pasión arrolladora, la dedicación a la idea de una religión mundial. Cuando se dieron los primeros pasos a principios de los veinte, nadie los llamó "ecumenismo"; la designación discreta era "conversaciones".

Las Conversaciones de Malines, un proyecto del muy citado Desiré Cardenal Mercier de Malines-Bruselas y de su

teólogo de vanguardia, Lambert Beauduin, hizo venir de Gran Bretaña a Bélgica a Lord Halifax, para discutir con ciertos miembros de la Universidad de Lovaina la factibilidad de un acercamiento entre la Iglesia Anglicana y la Católica. Las "conversaciones" continuaron en forma intermitente durante 1.924 y 1925 y causaron una fuerte protesta por parte de la jerarquía católica de Inglaterra, que citaba el decreto de León XIII en el cual declaraba que la ordenación anglicana era "absolutamente nula e inválida". Aunque no surgió nada de sustancia de las pláticas, no se olvidaron. Cincuenta años más tarde, en carta abierta al sucesor y protegido del Cardenal Mercier, Leo Cardenal Suenens, el Papa Pablo recordó las Conversaciones de Malines describiéndolas como "fruto de un amor redescubierto".

El Cardenal Mercier y el Padre Beauduin prosiguieron con la aplicación de su talento transformativo a la conversión de la Universidad de Lovaina en un centro de especulación teológica avanzada. Mientras el paradójico Papa Pío, como si fuera en penitencia al haber consentido las Conversaciones de Malines, se dedicó a escribir lo que resultaría la última declaración del Vaticano sobre la cuestión de la singularidad del Catolicismo como la única y verdadera fe. *Mortalium Mimos* fue una condena clara de las tesis que promovieron las Conversaciones: "Que estos hijos separados vuelvan a la Sede Apostólica establecida en esta ciudad por los príncipes de los apóstoles, Pedro y Pablo, quienes consagraron con su sangre esta raíz y matriz de la Iglesia Católica; pero desde luego, sin idea ni esperanza de que la Iglesia abandone la integridad de la fe, sino para que ellos se sujeten a su enseñanza, a su autoridad y a su gobierno... Jamás la Sede Apostólica ha permitido que sus súbditos tomen parte en asambleas de no-católicos. No hay más que un camino por el cual puede alentarse la unidad de las Iglesias, y ese es llevando a cabo el retorno a la verdadera Iglesia de Cristo, de aquéllos que se han separado de ella".

Se calla a los franceses

En cuanto se conoció la condena de Benedicto XV del *Sodalitium*, los antimodernistas franceses comenzaron a reagruparse en varias organizaciones, particularmente en la floreciente *Action Française*. Fundada por dos destacados literatos, el parlamentario y ensayista León Daudet y el periodista Charles Maurras, *Action*, rechazaba el dogma liberal de la separación del Estado y la Iglesia y abogaba por la creación de un Estado Católico, preferiblemente monárquico, con una estructura económica corporativa. Como el *Sodalitium* anterior, *l'Action Française* sufriría la condenación papal.

La historia de esta sentencia es extraña. ¿Cómo, se preguntó, podría Pío XI, que tan recientemente basara su encíclica *Quas Primas* en los mismos valores tradicionales que promovía *l'Action*, volver en contra de un movimiento tan de acuerdo con su forma de pensar? ¿Cómo podría poner él en el *Index* de libros que no deberían leer los Católicos, las obras de Charles Maurras, a quien había elogiado en público como "el más admirable defensor de la fe"?

En varias memorias de la época recientemente publicadas, encontramos evidencias de una intriga sórdida. Ya en 1950 Maurras había escrito desde la cárcel: "Ahora tenemos prueba de que muchos números de mi periódico se falsificaron antes de entregarse al Papa para su lectura. ¿De qué otra forma podría haberse pasado meses leyendo mi periódico para encontrar material que los lectores más objetivos jamás hallaron, el cual representaba enormidades efectivas en contra de nosotros?"

Todo lo innoble del asunto salió a la luz después de la muerte de Maurras a la edad de 84 años, quien pasó los últimos nueve años de su vida encarcelado e incomunicado, víctima de la purga política de la posguerra del General de Gaulle. En 1974 apareció una biografía del Inspector Bony, modelo en la vida real del "Inspector Maigret" de los años veinte escrito por su hijo. En una reseña del libro, Aldo de Quarto, afirmó en *"Il Tempo"* de Roma que: "En Roma en 1925 esos herederos del Cardenal Rampolla y del *Sillon*, encabezados por el Secretario de Estado del Vaticano, Pietro Gasparri, ya hacía mucho presionaban al Papa Pío XI para que condenara a Charles Maurras, cuyas publicaciones no dejaban en paz a la masonería. A la presión de dentro del Vaticano, se sumaba la presión del gobierno francés".

Es aquí donde el Cardenal Mercier de las Conversaciones de Malines vuelve a entrar en escena. A principios de 1926, como parte de su programa para reestructurar la Universidad de Lovaina, invitó a sociólogos de tendencia liberal de toda Europa para que vinieran a Bruselas a formular lo que él llamó el Código Social de Malines, una especie de constitución para el Instituto de Filosofía, organizado recientemente; un cuerpo que en el futuro se convertiría en un centro mundial de pensamiento radical católico.

Aprovechando la presencia de tantos estudiosos. Mercier hizo circular un cuestionario entre la Asociación de Juventud Belga de habla francesa, que había fundado un año antes. La pregunta clave: ¿En tu opinión, quién es el maestro católico más grande de la actualidad? En forma abrumadora, la contestación fue "Charles Maurras".

Los filósofos se alarmaron. Con la simpatía descollante de la que gozaba Maurras entre la juventud ¿no sería posible que este súper-católico, súper-patriota encabezara una exitosa revolución nacionalista, como en Italia? Los enemigos de Maurras en la Iglesia y en el Estado cerra

ron filas. En un intento por restringir este asunto a Francia, el Secretario Gasparri ordenó al Nuncio en París que buscara un obispo francés dispuesto a actuar como agente de una operación represiva. El Cardenal Charest de Rennes se indignó cuando se le hizo la propuesta: "¿Golpear a Maurras, el anti-bolchevique más grande del país?" El Arzobispo de París, Cardenal Dubois, dijo: "No cuenten conmigo. Yo soy uno de los directores de *l Action Frano tse*".

El Premier Poincaré perdió la paciencia con los esfuerzos del Vaticano y decidió actuar por su parte. Tenía un colaborador, el Cardenal Andrieu, Arzobispo de Burdeos. Hacía poco que los agentes del Inspector Bony habían detenido al Arzobispo con las manos en la masa en una gran operación de contrabando de diamantes. El asunto se acalló mediante el pago de una enorme multa, pero cuando Andrieu recibió órdenes de atacar a Maurras, obedeció en el acto. El 25 de abril de 1926, precisamente en el dieciseisavo aniversario de la condenación de *Sillon* por el Papa Pío X, el Arzobispo de Burdeos emitió una carta abierta, muy difundida, en la que acusaba a Charles Maurras y a *l Action Franoise*. Dice De Quarto: "A los miembros se les acusó de que su catolicismo era exclusivamente político y no espiritual; se les acusó de ser profanadores de la virtud, partidarios de la esclavitud, del paganismo y del ateísmo".

Toda Francia quedó pasmada. Mientras que los verdaderos ateos, paganos y marxistas morían de risa al leer la carta, saboreando su café por los bulevares, los escritores sinceros, aun los dominicos, editores del muy progresista *Temps Present*, objetaron enfáticamente lo que ellos consideraron "una carta de calumnia que contiene los errores más graves".

Como el Papa Pío no daba crédito a las acusaciones de Andrieu, ordenó a Gasparri proporcionarle el periódico de Maurras para su lectura diaria. Pero lo que se pu

so a disposición del Papa fue el escuchar la lectura. Cuando De Quarto escribía en 1976, desconocía este detalle informativo. Ahora sabemos que el Papa, con toda confianza, permitía a su secretario particular, el Padre (y más tarde Cardenal) Confalonieri, que le leyera los periódicos matutinos —esto, según declaraciones del propio Cardenal años más tarde, en una entrevista con la prensa italiana—. Al Papa Pío XI le bastaron tres meses de las lecturas de la versión de Confalonieri de los artículos de Maurras. El 20 de diciembre emitió un decreto solemne en el que ordenaba a los Católicos a abandonar *l Action Franoise* bajo pena de excomunión.

Cuatro días más tarde, víspera de Navidad, el periódico proscrito apareció con el encabezado: " ¡NON POS SUMUS". *L Action FrainÇaise* no podía abandonar la fe ni abandonar a Francia. Maurras escribió: "En la situación cual se halla Francia hoy, la destrucción de *l Actions Franwise* es un acto político, no un acto religioso. Si nos sometiéramos, nuestra patria se hallará indefensa. Por muy difícil que sea, si no hemos de traicionar a nuestra patria, nuestra respuesta tiene que ser: ¡NO PO DEMOS!".

En los años treinta, políticamente tan precarios, los jóvenes seguidores de Maurras luchaban contra las juventudes comunistas en las calles de París, y de cuando en cuando, se veían extrañas procesiones fúnebres en las cuales laicos, que se suponía estaban excomulgados, portaban el crucifijo y llevaban las oraciones mientras se acercaban a un templo cuyas puertas permanecían cerradas.

El corresponsal Aldo De Quarto escribía su reseña de la biografía de Bony en la época del máximo furor en los medios de comunicación internacionales sobre la "rebelión" del Arzobispo Marcel Lefebvre. Terminó su artículo reconociendo que sentía un malestar agudo: "¿Quién es, quién ayer y hoy, allá del otro lado del Tíber, se las arre

gla para maniobrar en contra de todo lo que huele o sue-
na a tradición, todo lo que hoy denominamos de Dere-
cha ? Ayer contra Charles Maurras, hoy contra Marcel
Lefebvre. ¿Cuáles son los misterios de este Vaticano?"

Se calla a los mexicanos

A medida que continúa el drama de la transformación católica, aumenta el desconcierto de aquellos que perci-
ben cada suceso clave en la historia de la Iglesia en el Siglo
XX como si se tratara de algo aislado. Si entendemos es-
tos acontecimientos como un esfuerzo continuo, dirigido
por un camino con la intención de fomentar un nuevo ti-
po de religión, entonces veremos que los hechos mayo-
res toman su lugar en un movimiento con secuencia
coherente.

Desde este punto de vista, es lógico que se reprimiera
a *l Action Franotse*. Si había de suplantarse la Socie-
dad Perfecta con un nuevo tipo de Cristianismo, enton-
ces el celo a favor de las antiguas verdades tendría que
disiparse. Era de máxima preocupación para los progre-
sistas, la propaganda que hacía *! Action* a favor de un
Estado Católico. Recordaban con desagrado la amones-
tación de Pío X: "Es tesis absolutamente falsa y un error
extremadamente peligroso, el creer que la Iglesia y el Es-
tado deben de estar separados. Tal tesis es una negación
obvia del orden sobrenatural. Limitada la acción del Esta-

do al único propósito del bienestar Social en esta vida, y no se ocupa en forma alguna de su bienestar más profundo, que es la felicidad eterna, aquella que les está preparada después de esta vida tan breve".

Aun antes de que los disturbios franceses se arreglaran, el Vaticano se enfrentó a otro resurgimiento de la antigua fe, esta vez a quince mil kilómetros de Roma. En México, inesperadamente, la interpretación y aplicación de las leyes severamente antirreligiosas que se alegaba formaban parte de la Constitución de 1917, provocaron el estallido de una guerra civil. Durante tres años, decenas de miles de campesinos, trabajadores, ciudadanos y estudiantes se enfrentaron a las tropas federales para luchar y morir al grito de "¡Viva Cristo Rey!" Cuando el conflicto llegó a su apogeo, los rebeldes, a quienes el gobierno puso el mote despectivo de "Cristeros", sumaban cuarenta mil hombres con un número correspondiente de oficiales. No había uniformes, ni paga, muchas veces no tenían qué comer y gracias a un estricto embargo por parte de los Estados Unidos, existían pocas armas para la lucha.

Fue una guerra religiosa de laicos. No se sabe de más de siete sacerdotes que hayan tomado parte activa. Los seglares lucharon en defensa de sus obispos, aunque éstos habían cerrado las iglesias y huido del país casi todos. Convencidos de que la aplicación de la legislación conocida como las "Leyes de Calles" significaría la asfixia del Catolicismo, la jerarquía telegrafió al Cardenal Gasparri, en Roma, para pedir permiso de clausurar las iglesias. Llegó el permiso y de pronto no había más Misas, ni Sacramentos. La reacción del pueblo fue inmediata. Campesinos pobres dejaron el campo para alistarse. Las criadas se unieron para desafiar las mangueras de agua de la policía de la Ciudad de México en defensa de su derecho de orar juntas. Mujeres de diversas clases sociales en todo el país formaron una liga clandestina dedica

da a Juana de Arco e hicieron un juramento secreto para conseguir dinero, obtener información, juntar alimentos para los soldados; mientras que estudiantes de leyes, algunos de ellos un poco más que adolescentes, enfrentaron paredones de fusilamiento. Fue una colaboración espontánea a nivel nacional como jamás se ha visto en América Latina.

Apenas dio inicio el conflicto en México, cuando ya el Vaticano emitía señales contrastantes. Por una parte, se sintió la reacción emotiva y simpatizante de Pío XI. Después de escuchar en audiencia privada los relatos trágicos de los obispos de Durango, León y Tamaulipas, escribió la encíclica *Iniquis Afflictisque*. Evidentemente agobiado por lo que escuchó acerca de los muertos por pelotones de fusilamiento, redactó: "Con el rosario en la mano y con el grito de "¡Viva Cristo Rey!" en los labios, estos jóvenes estudiantes se van a la muerte por su voluntad. ¡Qué espectáculo de santidad para todo el mundo!"

Por otra parte, en las oficinas del Secretario de Estado del Vaticano el sentimiento era más reservado. Después de haber relatado con detalle los acontecimientos en México, Monseñor González Valencia de Durango, uno de los pocos obispos mexicanos que expresaron en público su apoyo a favor de los Cristeros, se quedó atónito al escuchar las expresiones de escepticismo del Cardenal Gasparri, respecto al grado de seriedad del movimiento rebelde. El mexicano únicamente respondió: "Eminencia, algunas personas se rehusan a darnos ayuda porque dudan de la seriedad de nuestra causa, y otros dicen que nuestro movimiento carece de seriedad porque no recibimos ayuda. Este es un círculo vicioso que debe romperse". Su plegaria fue en vano.

El encargado de negocios de la embajada francesa en la Ciudad de México escribió confidencialmente al Minis